

RECONCILIACIÓN

Ya está, pensó Cándida para sus adentros.

—¡Ya todo está acabado!

- ¿Qué te pasa?- preguntó la abuela notando claramente su desesperación.

-¿Que qué pasa?¿En serio me preguntas eso? – Cándida se puso a enumerar cosas negativas de su verano – Malvasía ahora me odia, María también, Jan me abandona y dentro de poco me voy a ese aburrido piso de la playa. ¡Las cosas no podrían ir peor!

-¿Por qué te quejas tanto?- Interpeló la abuela con calma – Solo tienes que hablar con ella.– Sí, claro. Para la abuela era fácil solucionarlo todo con unas palabras, era normal, las abuelas tienen un don especial para estas cosas, pero Cándida no, no hasta que fuese abuela. Por tanto, era un don del que ella carecía por completo todavía. Y más aún si se enfrentaba a una adolescente presa del amor. Aunque su plan fuera disculparse, no veía motivo alguno para hacerlo. Ella no tenía la culpa de que Pepe se hubiera hartado de ella de una vez por todas. Su amistad se desmoronó un poco desde aquel fatídico encuentro. O al menos así lo percibía la parte más ansiosa y atenta a los detalles de Cándida.

– Vamos – dijo con esmero la abuela – Llévale esto. Seguramente ahora Malvasía esté montando a caballo. Puede que sea un momento oportuno para hablar a solas con ella y poner fin a todo esto. El *Carpe diem* vale para todo, ¿no?

– ¿Qué es “esto”? – preguntó Cándida con escepticismo e ignorando la pregunta.

– Unos bocadillos, son de sus favoritos. Pili, la de la carnicería, me dijo que hace unos dos veranos engordó mucho por culpa de ellos. Cándida agarró la bolsa de pan y se puso una sudadera, afuera ya hacía fresquito y el buen tiempo había dejado paso a una serie de tormentas que no anunciaban nada bueno. En un abrir y cerrar de ojos ya estaba delante de ese portón inmenso y lujoso, que, por sorpresa de muchos, solo daba al establo. Cándida empujó la puerta sabiendo que Malvasía siempre la dejaba abierta.

– ¿Qué haces en mi casa? – preguntó sorprendida nada más verla. Imponía montada a caballo.

– Solo quiero hablar contigo – anunció Cándida un poco asustada y dubitativa. – Mira, te he traído unos sándwiches de reconciliación, por favor, no me digas que sigues enfadada conmigo.

Hubo una pausa larga, Cándida estaba al borde de un ataque de nervios. Malvasía estaba perpleja.

– ¿Enfadada, yo? Pff...- Malvasía estaba conteniéndose una carcajada. – ¿Desde cuando una ayudita para tener novio se recompensa de esta manera? Es cierto que me pasé un poco contigo, y lo siento. Es solo que... ya sabes– se rio nerviosamente – puedo llegar a ser un poco intensilla cuando se trata de Pepe.

Malvasía bajó del caballo y la abrazó. Hacía tiempo que no recibía un abrazo así: cargado de amor y paz, el de una verdadera amistad.

-Bueno...– continuó Cándida aliviada- He traído estos increíbles bocatas y, además, está a punto de caer una de las gordas. Qué te parecería si...

-¡¿Hacemos una fiesta de pijamas entre chicas?! – completó Malvasía casi más emocionada que ella a la idea. – No hay tiempo que perder, dentro de poco te marchas. ¡Hay que aprovecharlo!

Cándida estaba tan agradecida de todas las experiencias que le había regalado ese sitio que no podía hacer nada más que dar las gracias, gracias por un verano tan inolvidable.